

## ARTICULOS Y ENSAYOS

### LAS CAUSAS ARISTOTELICAS APLICADAS A LA HISTORIA

CARLOS HERREJON PEREDO  
*El Colegio de Michoacán*

#### CUESTIONES PRELIMINARES

##### *Doble significado de historia*

Ante todo se impone establecer la distinción entre el significado objetivo y el subjetivo de historia.

Historia en su significado objetivo es el hecho mismo, el acontecimiento o la suma de acontecimientos que se tienen por históricos y que existen independientemente del hombre, en cuanto sujeto cognoscente de los mismos.

Historia en su significado subjetivo es el conocimiento del hecho, es el saber que recae sobre los acontecimientos históricos, es la actividad del hombre, en cuanto sujeto cognoscente del hecho histórico.

Cuando decimos que el descubrimiento de América es historia o que la recuperación demográfica del siglo XVIII es historia, estamos entendiendo el término historia en su sentido objetivo. Igualmente, cuando se dice que la historia se repite o no se repite, que la historia progresa o que la historia es irreversible. En fin, también nos referimos al significado objetivo en la expresión filosofía de la historia, toda vez que se trata preferentemente del objeto factual sobre el que recae la actividad filosófica: una reflexión a profundidad acerca de un conjunto de hechos históricos, o mejor, sobre el total de tales conjuntos.

En cambio, cuando decimos que es fácil aprender la historia o que es difícil escribirla, cuando se afirma que la historia de México aún está por hacerse o que la historia oficial está plagada de mitos, estamos entendiendo el térmi-

no historia como conocimiento, esto es, en su significado subjetivo. Igualmente cuando se diserta sobre los métodos de la historia o sobre el estilo de la historia, nos referimos al sentido subjetivo. En fin, el mismo sentido se suele tener en la expresión teoría de la historia, puesto que generalmente se trata de la teoría del conocimiento histórico, de las cuestiones epistemológicas de la historia.

### *La perspectiva*

Hay dos maneras profesionales de acercarse a las cuestiones de la problemática histórica: la del filósofo y la del historiador. El primero se suele preocupar por averiguar si la historia es o no una ciencia, una verdadera *episteme* y por construir o destruir modelos abstractos de ciencia histórica. Todavía más, hay filósofos que se interesan por la filosofía de la historia, los que pregonan no sólo saber la historia, sino comprenderla. Intento que suele implicar el aprovechar los datos acarreados por el historiador y el interpretarlos en la visión amplia y profunda de las disciplinas filosóficas. Tanto en las cuestiones de la teoría del conocimiento histórico, como en las de filosofía de la historia, la tradición filosofante no suele practicar el oficio de los historiadores, más bien lo presupone, y si no lo mira con desdén, ciertamente considera su misión filosófica capaz de comprender mejor los frutos de la tarea del historiador. Hay, sin embargo, filósofos que no desean meterse con la historia y aún otros que se ríen de los conatos de las filosofías de la historia.

El historiador, por su parte, se interesa por conocer y construir métodos particularizados de investigación y exposición históricas; lo cual no significa desinterés por la historia universal, pues lo particular se refiere aquí a la experiencia, propia o ajena, del oficio de historiador, ligada aún en historia universal a situaciones más concretas que las generalizaciones del filósofo. Que si la historia es científica o no, las más de las veces tiene sin cuidado al historiador, quien tampoco acostumbra proponer impresionantes interpretaciones o esquemas de filosofía de la historia. Ciertamente le

importan la génesis y la concatenación de los hechos, así como el problema de la periodización, pero nuevamente en términos más concretos como fruto del quehacer historiográfico propio o ajeno.

Ambas actitudes del historiador se dan en cualquier latitud ideológica: el verdadero historiador, sea burgués, socialista, civil o eclesiástico, en comparación con el respectivo medio filosofante, tiende por necesidad a concretar los hechos, a relativizar las situaciones, a insistir en los condicionamientos, en los influjos recíprocos y en las excepciones. Hasta en las recientes historias económicas y demográficas, las estadísticas sólo adquieren dimensión verdaderamente humana y en consecuencia histórica, cuando se ilustran con casos concretos.

El filósofo frecuentemente se procura una cultura histórica que consiste en una dosis regular de información y que lo hace pensar que sabe historia, aunque nunca haya pisado el taller del historiador. En cambio el historiador, no siempre provisto de bagaje filosófico, suele ser impresionable por filosofías que ostentan sugestivas aplicaciones a la historia. Piensa entonces que su relato histórico se va a enaltecer con los esquemas o interpretaciones que le brinda tal o cual filosofía. En otras ocasiones, ante el discurso filosófico, el historiador trata de rehuirlo, encerrándose en el mundo de los datos y de sus narraciones o contabilidades.

Hay finalmente quien considere que la perspectiva más adecuada para introducirse en la problemática histórica, estriba en un recurso continuo y discreto a los dos ámbitos, en un ir y venir constante y sin tropiezos de los corredores de la filosofía al taller del historiador.

Utilizando la célebre doctrina aristotélica sobre las causas: material, formal, eficiente y final, desarrollo en lo que sigue una serie de puntos en torno a cuestiones fundamentales de la historia para cada uno de sus dos significados.

*La materia*

La cuestión es aparentemente sencilla: todo el pasado humano es historia. Prescindimos desde luego de la ampliación del término historia al campo de la naturaleza: se dice historia de tal planeta, de tal montaña o especie vegetal, etc.; pero en propiedad la historia es la humana y sin duda la naturaleza entra en esta historia, en cuanto mantiene un influjo recíproco con el hombre. La naturaleza como tal, más que historia, ha tenido una evolución y continúa sujeta a transformaciones a través del tiempo.

Sin embargo, decir que todo el pasado humano es historia, ofrece dudas y dificultades en los órdenes temático, jerárquico y cronológico.

a). Los monismos

Durante bastante tiempo la historia se redujo a los fenómenos políticos y militares: los hechos y las hazañas de los gobernantes. Todavía ahora en la enseñanza media superior se imparten como asignaturas diversas Historia Universal e Historia de la Cultura; aquélla dedicada a la política y ésta consagrada a ciertas manifestaciones de la cultura.

En realidad cualquier monismo filosófico se refleja en historia. Una historia pretendidamente total donde la historia de las ideas o de la estructura económica es tan soberana, que los demás campos de la actividad humana apenas son sombras, es un monismo que impedirá la elaboración de una historia verdaderamente total. Otra cosa es que la actividad humana tenga diferentes caras o aspectos. Considerándolos aparte, ha nacido la historia del arte, la historia económica, la historia de la teoría política, etc. Pero en realidad, no son varios, sino uno mismo el hombre o el pueblo que trabaja, discute y se deleita.

b). Lo trascendente y lo intrascendente

No cualquier hecho humano pasado es historia, sino

los importantes, los trascendentes. Bella afirmación que se desmorona en el taller del historiador. En primer lugar, porque la distinción entre hechos trascendentes e intrascendentes presupone el conocimiento y valoración de ambos; consiguientemente, para descartar algunos hechos como intrascendentes, ya entraron en el interés selectivo del historiador. En segundo lugar, porque la trascendencia de un hecho no siempre es perceptible para todos. El avance de la historia suele darse porque alguien es capaz de ver la trascendencia de un hecho donde otros no lo vieron. Por ejemplo, la vida de unos campesinos, en apariencia insignificante en realidad confiere sentido completo a un capítulo de nuestra historia, como la Cristiada.

En tercer lugar, porque aun aquellos actos o instituciones humanas que son tan triviales y cotidianos, realizados por la gente gris, por la masa anónima, son historia y muchas veces con mejor título que una batalla resonante o un descubrimiento espectacular. En su cotidianidad y en su conjunto reside su tremenda fuerza histórica. Los nacimientos y las defunciones de la gente común y corriente, los precios del maíz y del frijol en las tiendas de cada esquina, el casamiento de un mestizo don nadie con una india doña nadie repetido por centurias, todo esto, es historia real de un pueblo. Finalmente hasta aquellos actos menudos que conforme a distinción escolástica, ni siquiera son específicamente humanos, bien que perrenezcan al hombre, como digerir, respirar, caminar y otros del género, también son historia, no aisladamente considerados, sino en la unidad ontológica de cada persona y en el conjunto de una población, puesto que a través del tiempo constituyen nada menos que la historia de la buena o mala salud de un pueblo.

Todo esto no significa negar la importancia peculiar de actos y momentos singulares en la vida del individuo y de las multitudes. El problema está en que no se suele probar la falta de importancia de otros aspectos menospreciados por monismo o maniqueísmo de cualquier color que sea.

c). Las personas y las estructuras

Hay quien condena las biografías como engaño de

género histórico y hay quien las exalta como el paradigma del mismo género. Unos dicen que las individualidades no constituyen la historia, puesto que no son sino producto de las estructuras y movimientos socioeconómicos, culturales, etc.; los otros tratan de exagerar la acción del biografiado sobre su mundo. En el fondo de ambas tendencias pervive un monismo al fin y al cabo tuerto.

Semejante antagonismo pretende darse entre la historia del acontecimiento (*evenementiel*) confrontada con la historia serial. Durante un tiempo se consagró al suceso singular como el hecho histórico por excelencia. Casi se le idolatró. Ahora resulta que hay que arrumbarlo prácticamente en el desván de las anécdotas o si acaso permitirle una visita como chispazo de historia coyuntural, puesto que sólo las series de hechos repetidos hacen los surcos de la historia. Que ya se dejen en paz a los próceres y los momentos de la Independencia, la Reforma y la Revolución y nos pongamos a investigar los largos entreactos o los siglos tan oscuros como fecundos, el XVII, por ejemplo. Pero ni es necesario ni probado que esta práctica se pueda erigir en principio excluyente.

d). ¿Historia contemporánea?

Para la historia, ¿en dónde termina el pasado y comienza el presente? ¿Hace veinte, diez años o el día de ayer? ¿Sólo es posible la historia de los muertos? ¿Hay que dejar que la sociología, la antropología, la economía y la psicología social analicen y juzguen el presente, excluyendo a la historia, como conocimiento del pasado?

Una historia únicamente contemporánea es contradictoria. La historia contemporánea es posible, objetiva y subjetivamente considerada, siempre que arranque de su correspondiente pasado, al menos el inmediato. La razón estriba en que la historia siempre es una trama en el tiempo, un proceso y no una serie de cuadros intemporales.

La historia contemporánea tiene a su favor la utilización de fuentes y métodos vivos más comprobables, además de poseer una función social de primer orden. Pero también presenta el obstáculo de versar sobre procesos no conclui-

dos, sobre tramas cuyos protagonistas y efectos están en evolución; de manera que cualquier descripción y enjuiciamiento de ellos no sólo es incompleto sino tan aventurado, que cualquier cambio o descubrimiento notable en las cosas y en la gente la pueden desmentir o inutilizar.

### *Lo específico del hecho histórico*

¿Qué se requiere para que un hecho humano pasado alcance la categoría de histórico? Por lo dicho, se infiere que el carácter formal de la historia no es lo político, ni lo ideológico ni lo económico, ni ninguna otra de sus materias, por importante que sea. Tampoco lo individual o lo social, lo solitariamente singular o lo serial, ni siquiera lo trascendente en el sentido analizado.

Lo que constituye al hecho histórico como tal, lo que hace que la historia sea historia y no otra cosa es la trama de la vida del hombre y de los pueblos, la urdimbre, la vinculación de un hecho con otro, la relación de este conjunto de hechos con aquél otro a través del tiempo. Lo específico de la historia es su carácter de proceso humano temporal. La historia es relación a través del tiempo. No en balde la raíz última del vocablo historia significa tejido.

Pero esta concatenación de los hechos puede aparecer a los ojos del historiador como una relación nomológica o simplemente causal.

La relación nomológica consiste en explicar los hechos históricos como casos de leyes a la manera de los procedimientos de las ciencias naturales. En este sentido, según Jorge Grave, "la explicación histórica orienta la demostración de que el acontecimiento en cuestión no era una cuestión de suerte sino que era de esperarse como resultado de determinadas condiciones antecedentes o simultáneas". Esto presupone que hay recurrencias, regularidades en los acontecimientos humanos; porque desde luego la naturaleza, que constantemente influye sobre ellos, las tiene, y porque la misma conducta humana individual y social presenta dichas recurrencias, llegando en el caso individual a conformar el carácter de la persona y en el campo social las

costumbres, las estructuras y las instituciones.

La relación simplemente causal consiste en explicar los hechos históricos en términos concretos de causa-efecto para cada hecho en particular, sin pretender que esta relación constituya un caso de ley general. Tampoco lo niega necesariamente. Simplemente se contenta con afirmar que en este caso las cosas sucedieron así, presuponiendo en muchas ocasiones la regularidad, pero sin atreverse a sancionarla como ley, a pesar de la nueva verificación presente. ¿Por qué? La experiencia ha mostrado a quienes defienden este punto de vista que las excepciones son más frecuentes de lo permitido en una verdadera ley y que estas mismas leyes también tienen su historia tan relativa y condicionada, que acaban por ser un remedo de leyes.

Obviamente en la primera tendencia se alinean sobre todo algunos filósofos, a quienes quita el sueño la complejidad de la historia y les parece extraño que los historiadores nieguen la posibilidad de recurrir a las leyes generales en la historia. Las objeciones lanzadas por otros filósofos y en especial por los historiadores han hecho que la explicación nomológica se presente en versión corregida, en la que caben hipótesis de rango variable además de leyes probabilísticas y estadísticas. De hecho los verdaderos historiadores que en alguna forma han hecho caso de leyes en historia siempre han obrado con cautela, apresurándose a señalar los condicionamientos y el carácter elástico de las llamadas leyes.

Hay ocasiones en que algunas leyes, fruto de paciente investigación, pueden servir como pistas para nuevas investigaciones. Por ejemplo, se ha observado que las crisis agrícolas al menos en determinadas épocas de la historia obedecen a ciclos naturales. Dichas crisis provocan o agudizan conflictos sociales. En este supuesto, el investigador que se tope con documentación de conflictos sociales, podrá útilmente urgir en testimonios de producción agrícola y buscar por ahí una muy posible, mas no siempre necesaria relación de tales hechos históricos, pues no se excluye la intervención menor, igual o mayor, de otros factores que expliquen más cabalmente los hechos en cuestión.



En otras palabras, la explicación adecuada de un hecho histórico frecuentemente requerirá de un considerable número de leyes tan circunstanciadas, que tendremos nuevamente el relato del hecho, lo cual equivale a un ejercicio tan curioso como inútil.

Obviamente las citadas leyes, además de estar bien circunstanciadas no deben ser juicios analíticos a priori o tautologías sólo digeribles como leyes por quien desconoce elementos etimológicos. Por ejemplo: las tiranías abusan del poder; los parámetros propios de este gobierno implican sus puntos de vista; las reacciones psicósomáticas de tal personaje comprenden elementos de su personalidad, etc.

En consecuencia no basta recurrir al sentido común ni a la sabiduría popular, sino a las otras disciplinas humanísticas y sociales en demanda de leyes. Lo cual las más de las veces no resuelve el problema, sino lo traslada de campo. En efecto, la psicología, la sociología, la antropología, o la economía, cuando tratan de legislar para explicar situaciones concretas, lo hacen con todas las salvedades del caso, excluyendo aquellas variables previsibles o imprevisibles que vengán a trastornar el funcionamiento de la ley, cuyas aplicaciones menos débiles habría que realizarlas en laboratorios de control, no en el campo de la vida común y corriente, cruce de numerosas variables. Es claro que mucha gente se vuelva agresiva, pudiéndolo hacer, si se le impide satisfacer una pulsión primaria como el hambre, pero esto no excluye que otra gente se contenga, obedeciendo a diversas motivaciones, por ejemplo de índole religiosa o política.

La crítica a la postura nomológica no niega que las recurrencias se den ni que en base a ellas sea posible construir estadísticas, leyes y sistemas de fundada probabilidad. La objeción recae principalmente sobre dos aspectos de las aplicaciones al terreno de la historia. Uno, ya indicado, se refiere al carácter tan relativo que adquieren las leyes en el momento de su concreción en la historia. El segundo, profundiza el primero y se funda en la especialización de las mismas disciplinas que aportan las leyes. Sucede en efecto, que la psicología, la economía, la antropología, etc., son capaces de explicar en cierta medida al hombre, pero siem-

pre desde su particular punto de vista. En este sentido han prosperado la historia económica, la historia política, la social, etc. Mas por ello mismo surge el problema inevitable: las posibles leyes de una historia política descuidan las variables psicológicas, económicas o culturales; las hipótesis confiables en historia económica a su vez no atienden suficientemente a las variables culturales, políticas... Y así de lo demás. Y como el objeto último de la historia es el hombre completo, no fragmentos de hombre, la explicación nomológica, plausible en principio, llega exhausta al momento de muchas verificaciones.

Como conclusión, hay que retener lo asentado al principio de este punto: la historia como hecho es esencialmente un proceso, una trama, una interrelación factual a través del tiempo. Que si esta relación es nomológica o simplemente causal, es cuestión disputada, en la cual creemos que la vía nomológica, seductora en principio, ofrece en realidad escollos mayores que la simplemente causal.

### *El agente del hecho histórico*

El hombre colabora activamente en la construcción de su propia historia: la persona actuando sobre otras personas y sobre el hombre social, y éste, actuando sobre sí mismo y las personas. Que si es más determinante lo estructural que la persona, es cuestión en verdad muy general, y en este sentido filosófica, para la cual el historiador no tiene una sola respuesta. En todo caso el influjo recíproco es innegable y esto es lo que se va descubriendo en el taller de un historiador. De manera semejante se comporta la naturaleza, en realidad otra estructura: interviene en la historia y es intervenida por ella.

El filósofo se ha planteado el problema en términos más escuetos y difícilmente conciliables: libertad o determinismo. No vamos a repetir aquí argumentos clásicos en favor de una u otra opinión. Sin embargo, es muy pertinente confrontar la postura de Spinoza con lo dicho en el punto anterior. Para Spinoza la libertad no es sino la conciencia de la necesidad; en otras palabras no hay libertad y lo más que

podemos hacer es darnos cuenta de ello. La mayor dificultad que a nuestro modo de ver entraña esta sentencia consiste en que en innumerables casos no se demuestra la existencia de tal necesidad y en general tampoco se prueba la capacidad de tal conciencia. Objeción que es un corolario del análisis establecido sobre la explicación nomológica de los hechos históricos. En efecto, si en gran medida las famosas leyes de la historia son tan elásticas, que llegan a cubrir endebles probabilidades; si aun aquellas que presumen de menos débiles, en el momento de su verificación se entrecruzan con variables que invalidan su función para este mundo real, entonces no hay bases suficientes serias para sostener una opinión tan radical. Por otra parte no se prueba que en verdad se dé una conciencia de la necesidad. A lo que se puede llegar es a una duda de la libertad y, correlativamente, a una duda de la necesidad.

Las observaciones no se invalidan por una consideración tan usada como infantil: puesto que las ciencias van logrando descubrir nuevas leyes, cada día aparece más clara la necesidad que rige el mundo y la historia, hasta que la humanidad llegue a una clara conciencia de ella. Esto no es más que otra predicción que incurre en petición de principio, además de que el problema se plantea aquí y ahora. Lo que en realidad van logrando las ciencias es mostrarnos un mundo cada vez más complejo e insospechado, y en este sentido el problema entre libertad o determinismo no se resuelve, sino sólo cambia de dimensión. En verdad, las leyes aumentan, pero también emergen muchos más campos de realidad.

Otra cosa es que a un hecho histórico concreto le podamos asignar su causa concreta. Y en este sentido, sí se puede atacar la doctrina del azar como ignorancia progresivamente desplazable, no en nombre de un principio o esquema general, sino en virtud de pruebas particularizadas que muestren la interrelación factual.

Toquemos finalmente la cuestión del providencialismo. ¿Se trata de un determinismo personalizado? Casi lo pareció, cuando el problema fue trasladado al plano teológi-

co en la célebre controversia *De auxiliis* y defendido por la postura bañeziana.

Al marxismo y al existencialismo les parece especialmente intolerable que el providencialismo despoje al hombre de la dirección de su propia historia. En el caso del marxismo, no muy congruentemente; porque en último análisis, si de verdad sostiene leyes en la historia, a éstas y no al hombre, habrá que atribuir la dirección y en este caso tenemos una versión secularizada del providencialismo.

Sin embargo, también hay de providencialismos a providencialismos: desde el fatalismo hindú o musulmán hasta los teólogos de la muerte de Dios, pasando por los niveles causales de Santo Tomás de Aquino. En el fatalismo la libertad queda ahogada en la absoluta prevalencia divina. En la doctrina de Santo Tomás la causa primera no anula la causalidad propia de las segundas: dirige la historia haciendo que el hombre la dirija; deposita sobre el hombre el peso de su propia historia. Los teólogos de la muerte de Dios, insisten en que, sin negarlo, hay que poner a Dios entre paréntesis para hacer efectiva la responsabilidad y un auténtico humanismo.

Por nuestra parte pensamos que para poder admitir de verdad aun el providencialismo más humanista no hay suficientes pruebas racionales o históricas, como no las hay para las explicaciones nomológicas ateas. En ambos casos la admisión se inscribe en los terrenos de una fe, confesada o no.

### *El sentido de la historia*

Desde luego hay quien le niegue sentido a la historia: "El mundo es un absurdo" y "el hombre es una pasión inútil". Son las proclamaciones de un existencialismo sartreano, para el cual, en todo caso, ahí está el sentido de la historia: en la libertad inasible, en la existencia incomprendible del hombre.

Parecería que nuestra crítica a la explicación nomológica habría de desembocar en esta postura escéptica y existencialista. Mas no es así, la explicación causal, hecho con-

creto por hecho concreto, conserva para el hombre los campos suficientes, y nos parecen los adecuados a sus capacidades reales, como para iniciarse válidamente en el conocimiento de su pasado.

Además de que la crítica, circunscrita a la explicación nomológica de la historia, no contempla otras dimensiones del hombre, en cuyo análisis y enjuiciamiento pueden superarse los extremos escépticos y existencialistas. Solo un historicismo exclusivo se hallaría en callejón sin salida.

Suelen mencionarse tres grandes teorías sobre el sentido de la historia: la cíclica, la lineal y la espiral. En la primera, la historia sería un perpetuo movimiento sobre sí misma sin avance real: la historia se repite, es el mismo drama, los mismos episodios, sólo cambian los actores. Un paralelismo total entre historia y ciclos naturales.

La teoría lineal afirma que la historia es irrepetible, pues obedece a una plana de verdadero progreso; habrá semejanzas y altibajos, pero el sentido final se dirige hacia adelante. Aquí, la individualidad de cada persona y las características de cada pueblo se subrayan. Finalmente, la concepción espiral asume elementos de las anteriores, interpretando el movimiento general de la historia como un avance real a través de formas semejantes.

Tan sugestivas concepciones, no suelen preocupar demasiado al historiador, quien a veces podrá echar mano de una o de otra, lo cual significa de ninguna, para procurarse pistas o ilustrar su relato. Así como el filósofo de la historia buscará hechos, y los hay para todo, a fin de apoyar e ilustrar sus teorías.

Vengamos, para terminar, a decir algo sobre el fin de la historia, o al menos sobre un futuro de la historia, diferente de los futuros que pasaron ya a la categoría de pretéritos o presentes. En este punto la humanidad se divide en esperanzados y desesperanzados. Para los que no creen en un plan de la historia, o al menos en un plan positivo, no hay más fin que el de su existencia individual o imprevisible, según cada caso.

Entre los que admiten un progreso y una transformación de la historia están quienes aguardan una salvación

trascendente y quienes aspiran a una nueva sociedad sólo inmanente. Ambos creen en la posibilidad de la Utopía. Nuevamente se trata de una creencia, confesada o no.

En realidad, la asunción existencial de cualquiera de las tres actitudes es clave para los otros puntos de la problemática de la historia. Y aquí, sí se impone una opción al historiador, tácita o explícita, pero que al fin y al cabo influirá constantemente en los quehaceres de su taller.

## LA HISTORIA COMO CONOCIMIENTO

### *Los materiales de la historia*

La historia se hace con testimonios. O mejor dicho, con recuerdos, huellas, constancias y signos. Pueden ser escritos, orales, arqueológicos, mecánicos, etc. Pueden haberse dado con la intención de ser historia, cosa que pocas veces ocurre. Pueden más bien, haberse dejado como prueba de tal o cual acto: un testamento, un aviso; o como simple expresión de actividad humana con finalidad práctica: un camino, un aparato. Pueden inclusive haberse dejado, contra toda intención, por descuido, como las huellas de un criminal. En suma, todo aquello que atestigua un hecho humano, una actividad humana, va pasando a la categoría de testimonio histórico.

De aquí se desprenden cinco señalamientos. Desde luego, la amplitud variadísima de los materiales con que se elabora la historia. En segundo lugar, el objeto de la historia, lo atestiguado por tales signos, pruebas, constancias, etc., resulta aún más amplio: los hechos humanos, la actividad del hombre y de los pueblos. Esto, que no es sino repetir lo asentado en la primera parte, conviene subrayarlo aquí, porque dicha vastedad, junto con la de los testimonios históricos, pone de manifiesto la complejidad del conocimiento histórico.

Consiguientemente, tercer punto, las numerosas "ciencias auxiliares" de la historia son mucho más que eso,

puesto que el historiador no trabaja sino espigando o integrando materiales e instrumentos de esas disciplinas diversas.

El cuarto señalamiento se refiere a la interferencia de la historia respecto a otras disciplinas, particularmente las llamadas ciencias sociales, como la antropología, la sociología, la etnografía, la economía, la antropología filosófica, la psicología social, etc. Todas ellas, teniendo por objeto al hombre, difícilmente deslindan con precisión sus campos.

Parece, sin embargo, que por encima de intersecciones o exclusiones definidas, se dan aspectos preferenciales. En general, la historia ha sido más parca que las demás ciencias sociales en lo que se refiere a marcos teóricos, esquemas interpretativos, generalizaciones, niveles de abstracción, fraseologías, etc. No niega valor a todo esto, ni lo excluye de su discurso; pero ensimismada como está en la vida concreta, se muestra recatada y aún desconfiada o tímida con todo aquello. Al menos aparentemente los historiadores suelen dedicar más tiempo a dar con sus fuentes, a entresacar datos, ordenarlos, acomodarlos, etc.

Otra preferencia es el pasado. Las demás ciencias sociales también lo tocan. Inclusive algunas, como la antropología, se entretienen largamente con períodos pretéritos de las sociedades. Sin embargo, sólo la historia hace constantemente de todo el pasado humano, desde que haya memoria, su momento preferencial.

### *La historia, conocimiento mediato*

Surge así el quinto y más importante señalamiento. El conocimiento histórico es mediato. Los testimonios son el medio obligado para llegar al acontecimiento. Necesitamos apoyarnos en ellos para conocer el pasado. Siempre vemos la historia con anteojos. Es verdad que el testimonio ha de ser examinado y probado racionalmente (a veces, a la luz de otros testimonios). Pero una vez que se acepta, nos fiamos de él, de manera que nuestro saber en gran medida reposa sobre su saber. Creemos que pasaron tales o cuales sucesos, porque unos testigos de determinada calidad así lo afirman.

Por consiguiente, no estamos ante la evidencia matemática, ni ante la demostración de un principio de la física o de la química, donde podemos repetir el experimento una y otra vez. Estamos frente a un testimonio humano que presenta mayor número de variables. Estamos ante algo mucho más complejo e inasible. Y no raras veces estamos ante alguien, por cuanto se trata de manifestaciones o signos típicamente personales.

Podemos interpelar al testigo de mil formas, dudar de él, confrontar su testimonio con otros, verificar la coherencia de lo atestiguado, "ponerlo en el banquillo de los acusados", casi hasta darle tormento. Pero una vez que lo aceptamos, no podemos eludir la fe histórica.

Lo expuesto no sufre menoscabo porque algunos historiadores hayan sido testigos oculares de lo que van historiendo. Pues aquella experiencia personal requiere confrontarse con otros testimonios, a fin de que se muestre objetiva y válida para los demás, y entre, así, a la categoría de historia.

De todo esto se derivan dos consecuencias. La primera es que el carácter mediato del conocimiento histórico hace menos sostenible la teoría nomológica, la que propugna leyes en la historia. En efecto, muchos casos muestran la insuficiencia de testigos o su deficiente calidad. Y con todo, habrá que meterlos en la historia a falta de otros mejores, pues de lo contrario quedaríamos mudos. En tales condiciones sólo cabe hablar de probabilidades. Y cuando se llega a la certeza, ella misma no es completa, fincada como está en gran parte sobre la credibilidad de los testigos, expuesta siempre a los riesgos de la condición humana.

Así, pues, los datos para conformar o comprobar una supuesta ley histórica. no siendo evidentes en sí mismos, sino sólo probables o ciertos a su manera, resultan inadecuados para establecer o verificar nexos necesarios, como son los de una verdadera ley.

La segunda consecuencia se refiere a la necesidad de analizar y valorar los testimonios. Determinar el tipo de expresión que constituye cada fuente, indagar sobre el medio ambiente que le dio vida y significación original, esto es, sobre el autor o los autores y el contexto comunitario, social,



de donde surgió y en que podía adquirir sus resonancias primordiales. Calar igualmente en las cuestiones clásicas sobre veracidad y "ciencia" del testigo: que diga lo que sabe y que sepa lo que dice.

Las afirmaciones y los silencios, la información y los puntos de vista, en la pluma y en la boca de quien sea, tienen su propia historia, cuyo autor no es uno, sino tantos, que en verdad se trata de un producto social. Mas comoquiera que entran en juego ingredientes diversos, cada uno con sus limitaciones en orden a percibir y expresar la realidad, y comoquiera que el autor final, testimonio en cuestión que tengamos enfrente, lejos de purificar sus fuentes, a veces hasta las ignora y las agrava de propia cuenta, el tal producto social reclama un serio análisis, no la aplicación pseudo-científica de esquemas e hipótesis cuyos mismos principios están mereciendo la severa investigación y valoración de sus elementos conformativos.

Para concluir es preciso poner de relieve la actualidad de este punto. Durante los últimos lustros los estudios históricos han avanzado en Latinoamérica y particularmente en México. Sin embargo, no todos los aspectos prosperan igual. La crítica de fuentes, la historia de testimonios, ha quedado muy a la zaga. Se difundió el gusto y hasta el frenesí por acumular citas. Llegó la consigna de acomodar el consabido marco teórico. Ahora, se afanan unos en hacer cuentas para una historia económico-social, se prodigan otros publicando catálogos o facsimilares; aparecen con más frecuencia las tesis universitarias, se multiplican las monografías y estudios regionales, etc. Pero se ha descuidado la más despiadada y definitiva crítica: la que se emprende contra el cimiento de las fuentes y los testimonios.

### *Lo específico del discurso histórico*

Correlativamente a la especificidad del hecho histórico el carácter formal del conocimiento histórico estriba en la reconstrucción de la trama, en seguir el hilo, en retejer la urdimbre, reflejando en el discurso histórico la estructura de la realidad histórica. En otras palabras, para que la informa-

ción y los datos del cúmulo de testimonios y del acervo de fuentes se conviertan en ciencia histórica, hay que armarlos, concatenarlos, componerlos y para decirlo con propiedad ática, háy que hacer su síntesis.

Pero esta composición histórica afronta constantemente cuatro problemas que precisan su misma formalidad. Ellos son la causalidad, el hilo conductor, la inferencia y la hipótesis.

El orden y el acomodo del material histórico se hace de diversos y conocidos modos: lo temático, lo cronológico, lo geográfico, etc. Pero el orden propiamente histórico es el que logra una explicación, el que da razón y sentido de lo que pasó, el que muestra la génesis y trascendencia del hecho, es decir, su proceso. El que, en suma, aborda en una u otra forma el problema de la causalidad y consiguientemente, aunque no lo diga con palabras explícitas, el desfile y la congruencia de causas y consecuencias, así como de lo que sólo es condición o mera ocasión.

Mas la organización de todo discurso pide un principio unificador. Así se plantea la necesidad de un hilo conductor de todo el tejido, de un eje del devenir, de una clave que reagrupe y jerarquice causas y permita una comprensión, tan breve como luminosa, de la esencia de un proceso histórico.

En la asignación de este eje no hay unanimidad. Para unos, bien está que sea la vida de un personaje. Para otros la clave ha de ser el modo de producción o el estado político. Para aquellos el hilo conductor es la marcha de las ideas. Para la mayoría puede ser cualquiera, según el caso; pues la disputa se refiere más bien a los intentos de una historia total. En lo demás el buen sentido pide cierta autonomía para cada campo.

La inferencia histórica puede entenderse de dos maneras. Una, más general, como la operación lógica por la cual se llega a la correcta asignación de causas, efectos, condiciones, etc., teniendo a la mano los datos necesarios. De manera especial se da la inferencia histórica, cuando teniendo sólo unos datos explícitos, se pueden extraer de ellos otros más, para que finalmente se arme todo el proceso.

Esta inferencia histórica no crea el hecho. Por medio de otros descubre su necesaria presencia. A la manera de un detective que llega a establecer válidamente y con certeza tal o cual dato no contenido expresamente ni en testimonios ni en vestigios o pistas. Para esto y para la inferencia histórica, hay que saber preguntar a los testigos, leer entre renglones, imaginar posibilidades, excluirlas, advertir semejanzas de casos, no soslayar diferencias, verificar la congruencia de todos los elementos, etc. En suma, ajustarse a los procedimientos de la lógica, tanto la deductiva como la inductiva.

Así componen los historiadores su discurso, aunque nunca vayan a consultar un manual de lógica. De hecho, pues, trabajan con aquel arte de pensar que se llama lógica natural, afinada y acrecentada en el mismo taller de historiografía.

La hipótesis juega un papel importante, pero no absoluto, en la inferencia histórica. Hipótesis quiere decir suposición. Pero no cualquier suposición es hipótesis, sino aquella que contribuye, bien que provisionalmente, a la explicación de un fenómeno o de un acontecimiento. Así, pues, la hipótesis nace de una necesidad, que al mismo tiempo es su límite: la necesidad de comprender y explicar, de dar razón o sentido; la necesidad de mostrar por qué y para qué suceden o sucedieron tales cosas.

La hipótesis ofrece una respuesta probable, provisional, más o menos congruente, mientras no se encuentre el dato seguro, la explicación satisfactoria, que la confirme o la descarte. En apariencia esto nos llevaría a dudar de la utilidad de la hipótesis, sobre todo en historia, pues bastaría seguir investigando hasta dar con el dato explicativo, ya que finalmente unos datos dan razón de otros. Sin embargo, la función de la hipótesis histórica es precisamente la de orientar la investigación. Desde un principio la hipótesis puede sugerir la fuente más rica, el cuestionario más plausible. Suponiendo decisiva la participación de tal capa popular en x movimiento político, no sólo se buscará en la documentación oficial, sino en el testimonio de aquella gente del pueblo.

La congruencia de una hipótesis histórica se inscribe

en la lógica de la inferencia señalada. Pero teniendo ésta, en el caso de la historia, que considerar el gran número de variables de las cosas humanas, la consiguiente menor regularidad del fenómeno y el constante condicionamiento de fuentes, el posible nexo de tal hipótesis con el conjunto de los demás elementos, es más débil que en el caso de las ciencias naturales. Pero no menos útil. Porque aun cuando la hipótesis histórica resulte falsa o incongruente, su valor metodológico permanece como un paso de exclusión en el desbrozamiento del camino.

De antemano sabemos que la hipótesis en las ciencias naturales tiende a convertirse en teoría y hasta en la expresión de una ley, cuando se demuestra que la explicación da está exenta de contradicción en sí misma y es la única que responde a los hechos, de manera que se pueda confirmar ampliamente. En cambio, la hipótesis histórica no tiende necesariamente a una teoría que tenga que imponerse a otros casos fuera de los que se esté investigando. En historia, hay que repetirlo, no se define tal o cual ley, para que después los historiadores, en lugar de investigar propiamente se reduzcan a expresar por enésima vez la aplicación de aquella ley. También hay que decir de nuevo que esto no implica la negación de la recurrencia histórica ni la consagración de toda singularidad irrepetible. Simplemente, que la verdadera recurrencia no siempre se demuestra, que cuando se llega a demostrar es con no pocas salvedades y condiciones, y que consiguientemente no aparece con la necesidad de ley. Se da, pues, la recurrencia en historia. Y sobre ella se construyen modelos útiles pero no necesarios. Su utilidad precisamente radica en su aprovechamiento como hipótesis. Su utilidad es tanta cuanto puede tenerla una probabilidad. Pero, nuevamente, no se trata de una probabilidad unívoca respecto a la que se da en las ciencias naturales. La probabilidad que emana de un conocimiento mediato, como es el histórico, es específicamente diversa.

Menospreciar los modelos historiográficos puede conducir a un grave atraso en el quehacer del historiador. Exaltarlos hasta la categoría de ley, o aun de probabilidad

extrema, es convertir la hipótesis en prejuicio o en consigna.

### *El tiempo*

Los cuatro problemas anteriores no son concebibles ni resolubles dentro de la historia sin la categoría fundamental del tiempo.

No se trata únicamente del tiempo como un ojo de la historia que conoce fechas. Ni sólo como una entre tantas variables cuyo examen ayuda a desenredar la madeja de un crimen o de una intriga.

El tiempo es la misma posibilidad de la historia. Sólo el decurso temporal de los acontecimientos permite presentar lo específico del hecho histórico: su carácter de proceso. A su vez corresponde a la historia, o mejor dicho a los procesos históricos deslindar, de manera más adecuada que la sola marcha de las estrellas, el tiempo del hombre.

Así, pues, el problema de la partición del tiempo, de la periodización de la historia, de la asignación de tiempos largos y tiempos cortos, etc., no es de simple presentación ordenada del discurso histórico, ni se reduce a cuestión metodológica. Cualquier determinación de tiempos, de épocas, es ya una interpretación histórica.

La causalidad y la inferencia histórica, el hilo conductor y las hipótesis, adquieren posibilidad sobre el horizonte general del tiempo; pero reciben su sentido y fuerza cuando aparecen sobre determinado tiempo en particular. Las mayores posibilidades de actuación de tales o cuales causas, la mayor fuerza de inferencia o la mayor probabilidad de unas hipótesis no sólo corresponden a determinado tiempo, sino que lo configuran, en cuanto rigen la estructura, la disposición de elementos, el proceso, esto es, la causa formal del acontecer histórico.

Fuera de su propio tiempo las probabilidades de un modelo histórico no desaparecen del todo, sino se van debilitando, o mejor dicho, diluyéndose en otras, por cuanto los procesos se van transformando en el continuo de la historia. La validez de un modelo historiográfico es real,

pero está situada, circunscrita a su tiempo. Esta advertencia nos lleva a reconsiderar la antinomia entre singularidad y generalidad en la historia; la generalidad es viable dentro de los límites de su vigencia.

La verdadera sabiduría histórica está atenta a ello y saca mucho partido de modelos oportunos. Pero trasponer esquemas de una época a otra, trasladar sin discreción modelos de otros siglos al presente, es recurso de lo trasnochado y en realidad de verdad, anacronismo mayúsculo.

### *La causa eficiente: el historiador*

El verdadero historiador es el que aplica la causa formal a la causa material: esto es, el que lleva a cabo la tarea de ir acomodando, estructurando, disponiendo, dando forma a los materiales históricos, mostrando el tejido y la trama de los procesos. Una diferencia con el escultor consiste en que el historiador se ocupa bastante de buscar, examinar y acarrear la materia. Y el que no ha pasado lo suficiente por esos quehaceres no puede llegar a la síntesis, ni ser consiguientemente historiador.

Algunos aficionados a la historia quieren tomar el oficio a la mitad del camino: cosechar donde no han sembrado. Otros en cambio sólo saben sembrar: recopilar materiales. Por falta de agudeza lógica no dan con la trama, por falta de cultura general no tienen puntos de referencia, por falta de capacidad literaria para redactar, la síntesis se queda en el pozo profundo de su erudición o de su especialidad exclusiva.

Esto último merece reflexión aparte. El historiador perfecto es el que tiende con éxito a una historia integral. El que muestra al hombre, a un pueblo en la relación de sus más variados aspectos y actividades. No fragmentos de hombre ni retazos de pueblo. Sólo así se puede mostrar el tejido cabalmente. Sin embargo, el desarrollo de los conocimientos es tan abrumador, las deficiencias educativas tan grandes, las limitaciones de nuestro tiempo tan continuas, que para la mayoría de los casos el historiador no sólo ha de empezar por una parcela, sino quedarse en ella de por vida.

No obstante ahí podrá cultivar excelentes frutos. Así hay historiadores de la política, de la economía, del arte, de las ideas, etc.

Para cumplir el ideal de la historia completa se hacen equipos y supuestamente se trabaja en equipo. Sin embargo, las más de las veces el resultado no es la síntesis, que se deja al ilusionado lector, sino acumulación de trabajos del mismo tema sobre sus diferentes aspectos. Y es que la síntesis histórica no ha de carecer de la unidad. Proporción y atractivo de la obra de arte. ¿Y podrá hacerse una obra de arte en equipo?

El historiador debe tener vocación. Sentirse llamado y sentir gusto por investigar, averiguar, inquirir, buscar el por qué y el para qué concreto de lo concreto humano, sentir la fuerza demoledora del tiempo y levantarse contra ella, desenterrando gentes, exhumando hombres, pueblos y procesos, rescatando sus voces, balbuceo o grito de su existencia.

A la par del gusto se requiere la capacidad, la disciplina, el talento. Todo lo que implica lo dicho con anterioridad. Pero nada ni nadie llega a operar, si no hay motivación, si se carece de finalidad suficientemente seductora o apremiante. Por ello hay que decir una palabra sobre la causa final.

### *Los propósitos de la historia*

La historia cumple ciertos fines en sí misma, independientemente de la intención del historiador. Este puede coincidir con ellos o tener también los suyos personales, que pueden ir desde aquella fruición por desenredar y retejer la urdimbre hasta la necesidad impostergable del pan de cada día.

Los fines propios de la historia son múltiples: la que advierte, la que busca agradar, la que previene (aunque sea a medias), la que sirve al político, al pedagogo; la que aclara, etc. Todo cabe con una condición: que cualquiera de esos fines no pervierta el carácter esencial del discurso histórico: la inclusión objetiva y la organización correcta del material histórico.

Fundamentalmente la historia sirve para mostrar las posibilidades del hombre: de lo que ha sido capaz de hacer, decir y pensar. Y en consecuencia, sirve para que el hombre tenga conciencia de sí y mediante ese conocimiento se posea a sí mismo y por esta autoposición, pueda llegar a darse, a proyectarse de una manera adecuadamente humana.

La historia es la conciencia de los pueblos. Sin historia no hay identidad. Los pueblos sin historia o con historia falsa se ahogan en el oleaje del tiempo. El historiador no idolatra el pasado. Tampoco lo desprecia. Ni el conservador terco ni el innovador terco saben historia.

Es explicable que para dominar a un pueblo se destruya su historia. Es fácil corromper a un pueblo, dándole historia falsa. Vivir sin verdadera historia es vivir enajenado, esto es, fuera de la situación real y propia. Porque la historia es propiedad del hombre. Dimana de su esencia temporal.